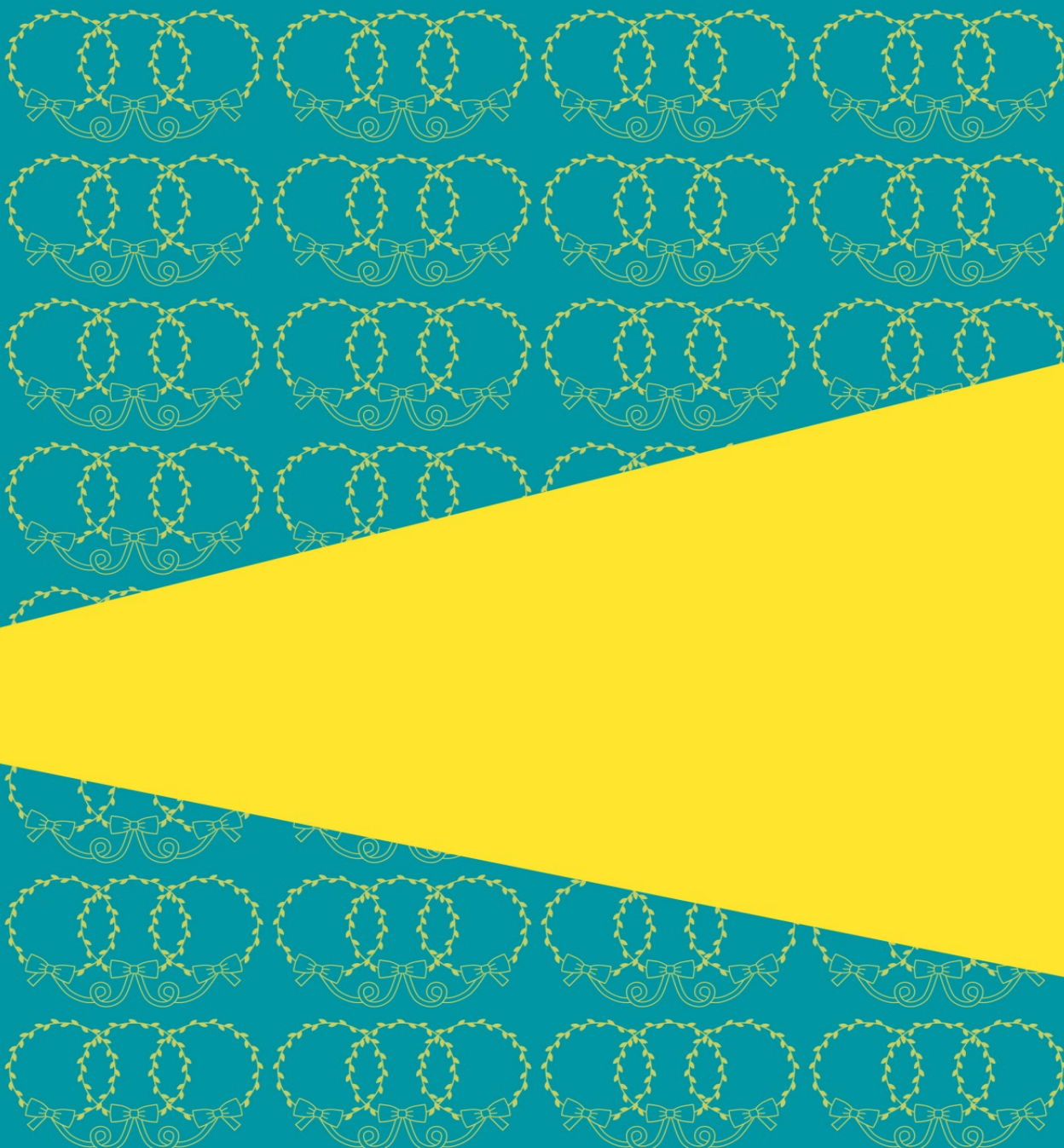


# LA TERCERA BODA

KOSTAS TAKTSÍS



TRADUCCIÓN REVISADA DE NATIVIDAD GÁLVEZ

## EL AUTOR

Kostas Taktsís\* nació en Salónica en 1927. Cuando tenía siete años, tras la separación de sus padres, se fue a vivir a Atenas con su abuela. Empezó a estudiar Derecho, pero no completó los estudios porque lo llamaron para servir en el ejército, donde alcanzó el grado de subteniente. Con veinticuatro años publicó su primera colección de poesía —*Diez poemas*—, a la que siguieron cuatro más: *Pequeños poemas*, *Hacia la duodécima hora*, *Sinfonía del «Brasileño»* y *Café «Bizancio»*. En 1956 empezó a viajar por todo el mundo y trabajó en diferentes oficios, desde marino hasta ayudante de cocina en un restaurante. Mientras tanto empezó a dedicarse a la que sería su única novela, su obra cumbre: LA TERCERA BODA. Al regresar a Grecia, y tras repetidos rechazos editoriales, en 1962 la publicó por su cuenta. Obtuvo un éxito inmediato, se tradujo a dieciocho idiomas, se adaptó a la televisión, al teatro y a la radio; Taktsís se convirtió en uno de los escritores más importantes de su generación. Durante la Dictadura de los Coroneles se vio involucrado en varios altercados con la policía por luchar por los derechos de los homosexuales y denunciar su represión. El 27 de

agosto de 1988, su hermana lo encontró estrangulado en su apartamento. La policía nunca resolvió su asesinato.

\* En esta edición se ha mantenido la transcripción internacional del apellido del autor por su deseo expreso.

# LA TRADUCTORA

Natividad Gálvez García, nacida en Valencia y licenciada en Filosofía y Letras por la Universidad Complutense de Madrid, ha dedicado todo su trabajo, tanto de traductora como de profesora y promotora cultural, a hacer de puente entre las culturas griega y española. Ha traducido al español a escritores como Rhea Galanki y Menis Kumandareas. Su primera traducción de LA TERCERA BODA fue galardonada con el Premio Nacional de Traducción en 1998. Para Trotalibros Editorial tradujo *La guardia* de Nikos Kavadiás (Piteas 1). También ha sido directora del Instituto Cervantes de Atenas y del Centro Europeo de Traducción Literaria de la capital griega, así como presidenta de la Asociación de Profesores de Español en Grecia.

# LA TERCERA BODA

Primera edición: septiembre de 2022

Título original: Το τρίτο στεφάνι

© Psychogios Publications, S. A., 1964, 2021

© de la traducción: Natividad Gálvez

© de la nota del editor: Jan Arimany

© de la fotografía del autor: Archivo Literario e Histórico Helénico (ELIA-MIET).

© de esta edición:

Trotalibros Editorial

C/ Ciutat de Consuegra 10, 3.º 3.<sup>a</sup>

AD500 Andorra la Vella, Andorra

[hola@trotalibros.com](mailto:hola@trotalibros.com)

[www.trotalibros.com](http://www.trotalibros.com)

Publicado con el apoyo del Ministerio de Cultura y Deportes de Grecia  
y la Fundación Helénica para la Cultura en el marco del programa GreekLit.

ISBN: 978-99920-76-29-3

Depósito legal: AND.138-2022

Maquetación y diseño interior: Klapp

Corrección: Raúl Alonso Alemany y Marisa Muñoz

Diseño de la colección y cubierta: Klapp

Impresión y encuadernación: Liberdúplex

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

KOSTAS TAKTSÍS  
**LA TERCERA BODA**

TRADUCCIÓN REVISADA DE

NATIVIDAD GÁLVEZ

PITEAS · 13





Page 11 of 11  
\*\*\*\*\*

# 1

No puedo, no, ¡no puedo soportarla más!... Dios mío, ¡qué cruz me has enviado! ¿Qué pecado he cometido para merecer este castigo? ¿Hasta cuándo tendré que cargar con ella? ¿Hasta cuándo me veré obligada a sufrirla, a verle la cara, a oír su voz, hasta cuándo? ¿Es que no va a aparecer nunca algún cegato que se case con ella y me libere de este engendro de la naturaleza que me dejó su padre en venganza? ¡Que se lleve el demonio a los que me impidieron abortar!...

Pero ¿de qué sirve maldecirlos? Ya no viven. Y, además, tampoco es culpa suya. La culpa es mía, por hacerles caso. En este tipo de cuestiones, una no debe escuchar más que la voz de su conciencia y a nadie más... Mientras la niña era pequeña, me consolaba pensando que cambiaría al crecer. «Ya cambiará —me repetía—. Entrará en vereda. Tarde o temprano terminará casándose y otro cargará con ella». Pero ¡qué más da! Mis esperanzas eran vanas. Tal y como van las cosas, me parece que va a quedarse para vestir santos. Y no me extrañaría, siendo como es. Ay, la culpa la tiene ese monstruo de Erasmía, que con su beatería la ha echado a perder. Pero, por favor, ¿qué hombre va a desearla con esa manera de vestir, de comportarse y de hablar que tiene? ¿Qué hombre en sus cabales va a aceptar convertirla en madre de sus hijos, con esas ridículas ideas que la

asaltan, con esas neurosis, con ese eccema que no para de rascarse y no se le va a curar nunca? Se quedará soltera. Y no sé, pobre de mí, cuál de las dos me va a dar más pena: si ella o si yo. Porque, por mucho que diga, para qué mentir: soy su madre, y en el fondo me pesa.

Pero también sufro por mí. Cada vez que me da un disgusto, la úlcera me duele a rabiar. «Ya que Dios te ha hecho fea —le digo—, al menos vístete con un poco de gracia, ¡a ver si engañas a alguno!».

Aunque, desgraciadamente, no ha salido a mí ni siquiera en eso. No digo que sea guapa, pero tengo buena presencia. Siempre he sabido arreglarme. A su edad las cogía al vuelo. Cuando pasaba por la calle, los hombres se volvían a mirarme como girasoles al sol. ¡No era como este mequetrefe! Me gustaría saber a quién diablos ha salido. Porque a mí no se parece; a su abuela tampoco; a su abuelo en lo más mínimo y a su padre, aún menos. Puede que él fuera un granuja, puede que fuera lo que ya sabemos, pero era un hombre de mundo. Y guapo, demasiado guapo...

No, no soy bonita, pero sé vivir. ¿Qué mujer de mi edad se conservaría tan bien como yo? Todas mis amigas y condiscípulas del instituto Arsakio han envejecido. Las veo por la calle y me horrorizo. ¡Parecen unas abuelitas!... Y no porque tengan nietos —Iulía, por ejemplo, no los tiene—, sino porque se han abandonado y parecen unas viejas. El cuerpo no envejece si no se marchita antes el corazón. «¡Que se luzcan mis hijas! —dicen ellas—. ¡Que vayan al baile y se diviertan los jóvenes! Yo ya he vivido lo que tenía que vivir». Pero lo dicen porque tienen hijos que se merecen tal sacrificio. ¡No tienen a una María! No saben lo que significa tener una hija como la mía. Por eso entiendo que me reprochen haberme

vuelto a casar, en vez de tratar de casarla a ella. No saben que, en la época en que decidí dar el paso y aceptar a Zódoros como esposo, sopesé los pros y los contras. María, pensaba, es como el náufrago que se está ahogando... Si intento acercarme a ella para salvarla, me arrastrará a mí también al fondo del mar. Mejor será que me salve yo, y así podré darle tiempo a que crezca, a que madure un poco. «Cásala —me decían todas—, y verás cómo cambia». ¿Que la case yo? ¿Es que no puede encontrar marido ella sola? ¿Tengo que servírselo yo en bandeja? A mí, a su edad, me pretendían *diez* hombres a la vez. Dondequiera que iba, los tenía colgados de mis faldas. Y al primero que hubiera dado el sí, me habría llevado corriendo al altar... Que cómo cometí la torpeza —me diréis— de caer en manos de Fotis... Bueno, ese es otro cantar. Prefiero no recordarlo porque se me llevan los demonios. Tal vez —me digo algunas veces— estaba de Dios que pasara todo lo que pasé, dar a luz a esta Medusa... En cambio, otras veces pienso que no tienen la culpa ni Dios ni el destino, sino que la tengo yo, y nadie más que yo. Era una cabezota y me empeñé en ello. Me dije «con este me caso», y me casé. Por cabezonería. Precisamente porque no lo quería nadie de mi familia. Ni siquiera el pobre papá, que en paz descansa, siempre tan reservado en sus juicios. Estaba decidida a no dejar que intervinieran una vez más en mis asuntos y en mi vida, como habían hecho en el pasado. Bastante daño me hicieron con su intromisión en el caso de Aryiris. Ya no tenía dieciocho años, como entonces. Tenía veintisiete. Era independiente y estaba decidida a hacer lo que me viniera en gana. Hice lo que me vino en gana, ¡y aún lo estoy pagando!...

Pero, en fin, esa es otra historia. Todo el mundo se equivoca alguna vez en la vida. ¿Acaso es esto razón para que siga pagando eternamente aquel estúpido error? ¿Cuántos años me quedan por vivir, diez, veinte? ¡Quién sabe! Puedo salir hoy a la calle y que me pille un coche de esos que corren como demonios. Pero, aunque me quede una sola hora de vida, quiero vivirla como a *mí* me gusta. Doña Galatia no puede parir otra Nina. Está bajo tierra. Quiero vivir sin reproches, concentrarme un poco, poder pensar en cosas más importantes que el eterno asunto de María. Dios mío, ¿no me concederás nunca tal dicha?

Hace dos o tres días que está que trina con Zódoros. La manía le viene por temporadas. Le da con la puerta en las narices. Se niega a comer con nosotros. Y cuando estamos a solas no para de ponerle como un trapo, a él y a toda su familia, sin que el pobre le haya dado el menor motivo. Está claro que me tiene envidia, mal rayo la parta, ¿qué otra cosa se puede pensar? «Si tantas ganas tienes de hombre —le digo esta mañana—, ¡vete al parque y búscate algún machote! El parque no está lejos, a dos pasos lo tienes. Vete en busca de algún marinero o algún soldado que te apague el fuego, ¿o tengo que buscártelo *yo*? A tu edad no solo te había tenido a ti, sino que estaba a punto de casarme otra vez. ¡Venga!, vístete y sal a la calle, y te juro por mi padre, que en gloria esté, el hombre a quien he querido más que a nada en este mundo, que traigas a quien traigas a casa, *sea quien sea*, con tal de que digas aquí el señor es mi amigo, o mi novio, o mi marido, no tendré nada que objetar, no saldrá de mi boca el más mínimo comentario, al contrario, lo pondré en un altar. No voy a ser yo la que me case. La que va a acostarse con él eres tú, y no yo. A condición, claro, de que no se ría de ti

(porque de las puritanas como tú es de las que se ríen), dilapide tu dote, te deje plantada después y tenga que cargar yo ¡no solo contigo, sino con algún bastardo! Vístete —le digo—, ¡y vete a la calle, que te pierda de vista! Y si no quieres un hombre (porque estás desequilibrada y ni siquiera sabes lo que le pides a la vida), entonces ve a encerrarte en un convento. Todavía quedan unos cuantos. ¡Vete a Keratea con la santona Mariam o a reunirte con Erasmía, tu ídolo! Por lo que se ve, tu padre te dejó *intencionadamente* para que me hicieras la vida imposible. ¡Venga, vístete! Haz de una vez lo que quieras. Pero ten cuidado. Es mi última advertencia: no me vuelvas a montar una escena como la de hoy, y más delante de Zódoros, porque te hago papilla. ¡Y no se te ocurra volver a quitar las fotografías de Ecavi de la pared del salón, aunque sean feos los marcos y no esté de moda colgar fotografías en la pared! Mientras yo viva, esta es mi casa. Aquí dentro mando yo y colgaré en las paredes lo que se me antoje, ¿lo oyes? Cuando te cases, en buena hora, y tengas tu propia casa, o cuando estire la pata, como tú dices, y me heredes (que con estos disgustos pronto me heredarás), ¡pones en la pared lo que te venga en gana!... Pero mientras yo viva y tenga los ojos abiertos quiero ver las fotografías de las personas que me han querido y que, desgraciadamente, han muerto y me han dejado contigo, arpía, ¡que me vas a matar en vida!», le digo, y volví a colgar las fotografías de papá y de Ecavi en su sitio.

Cuando las vio se puso rabiosa. «¡Vaya! —me dice—. Ten cuidado, no vayan a ofender a la fregona de tu suegra». Y le digo: «Fregona lo serás tú». Así ha empezado nuestra pelea de hoy. Fregona serás tú, le he dicho, y de insulto en insulto por poco

llegamos a las manos. Me he puesto hecha una furia porque sé que injuria a Ecavi a propósito, para chincharme. Ahora, que si Zódoros la oyera llamar fregona a su madre, la agarraba por la coleta y la hacía bailar como una peonza. ¿Y quién iba a pagar las consecuencias? ¿Quién sino él y yo? Porque María, desde luego, no. Ella sin broncas no sabe vivir, se alimenta de eso.

Pero aunque Zódoros nos faltase, mientras yo viva, la fotografía de Ecavi se quedará en su sitio. No porque sea mi suegra. ¿Qué nuera quiere a su suegra? Bien sabe Dios que si ella viviera no habría aceptado casarme con Zódoros bajo ningún concepto. Como amiga podía ser la mejor del mundo, pero como suegra habría resultado un desastre. Esto lo sé yo mejor que nadie. En el estado psíquico en que se encontraba los últimos años, era incapaz de mantener cualquier tipo de relación. No era la Ecavi de antaño, con su buen humor, su fe en la vida y en las personas —a pesar de su aparente pesimismo—, la Ecavi a la que contabas tus penas y te daba consejos como solo ella sabía dar. No. Si hubiera vivido en la época en que regresó Zódoros de Oriente Medio, no se me hubiera pasado por la cabeza la idea de convertirme en su nuera. Me habría resultado ridículo. Inconcebible. Seguro que nos habríamos peleado. Eso sin contar lo que se hubiera divertido la gente a nuestra costa. Incluso ahora, de vez en cuando me encuentro con algunas conocidas de aquella época a las que hace años que no veía y me sueltan: «¡Quién te iba a decir, Nina, que un día te convertirías en su nuera!». Lo dicen con ironía, y si no fuera porque me hago la sorda, ya estaría enfadada con todo el mundo. Pero en el fondo creo que, en parte, tienen razón. *Tiene* gracia que las cosas hayan venido así, pero no es como la gente lo ve. ¿Cuál de esas presuntuosas conocía

realmente a Ecavi? ¿A quién le había abierto su corazón? Algunas veces dudo de conocerla yo misma, y eso que hemos compartido muchas cosas...

Unas la encontraban divertida, otras la miraban con desprecio, como la esnob de Iulía, que no podía comprender que tuviera trato con ella. Nunca me lo dijo a las claras, pero me lo daba a entender de otra manera. «Tú, Nina, sí que tienes buen corazón —me decía—. Abres la casa a *cualquiera*. Siempre se lo digo a mi Lilica: Nina tiene el mejor corazón del mundo». No podía entender que yo prefiriese la compañía de Ecavi a la suya o a la de Caruso.

Marza la veía como a un payaso, y así me lo soltó una vez: «Tú, hija mía, no te privas de nada. Eres como los emperadores —me dijo—, también tienes tus bufones». Tampoco ella podía entender, y eso que se las daba de culta, que Ecavi se comportara a veces como un payaso por pura humildad. Le encantaba dramatizar su vida, pero cuanto más la dramatizaba, más a broma se la tomaba; se reía de sí misma, nunca de los demás.

Y en cuanto a la tía Catingo, con su mojigatería y sus ridículos principios morales, era normal que la viera como la encarnación del diablo en la Tierra. Y, en parte, tenía razón: Ecavi *también* era un demonio. Pero al mismo tiempo era un dios y una santa, y nadie puede saberlo mejor que yo, que he seguido de cerca su historia hasta el final y la he comprendido como no lo han hecho ni sus propios hijos...

Sus hijos, ¡uf! Teniendo la hija que tengo puedo afirmar, con conocimiento de causa, que no hay ninguna criatura en este mundo que nos comprenda menos que las salidas de nuestras entrañas. Y si todo esto no fuera suficiente para tener colgada su fotografía,



digamos que lo hago por los días inolvidables que pasamos juntas. Porque le abrí mi corazón como no se lo había abierto ni a mi madre. Ecavi, después de la amarga experiencia vivida con sus hijos —Polixeni al final tampoco se portó con ella mejor que Eleni—, era la única entre los parientes y amigos que verdaderamente se compadeció de mí. La única que se hacía partícipe de mi desgracia y que comprendía la amargura que me embargaba por mi mala suerte: haber parido a este monstruo de hija.

## 2

Conocí a Ecavi en 1937. O quizá no, no fue en el 37, fue en el verano del 36, en el mes de agosto. Lo recuerdo porque faltaban pocos días para la festividad de la Virgen. Era el santo de su excelencia la condesa y tenía que arreglar la casa, hacer limpieza general, abrillantar el parqué y todas esas cosas. Estaba en la terraza con Marieta, descalzas las dos, sacudiendo las cortinas de terciopelo del salón. Era la última faena que nos quedaba por hacer.

Basta ya, pensé, mañana también hay tiempo. «Vamos a terminar de sacudir la ropa y nos damos un baño, para refrescarnos un poco», le estaba diciendo a Marieta cuando se oyó la campanilla que suena al abrirse la puerta. «Mira a ver quién es —le digo—. Dame la punta de la cortina y ve a abrir. Espero que no sea ninguna visita y me encuentre con estos pelos. Si me ve alguien que no me conoce, me va a tomar por una gitana».

Me dio la cortina y como un cervatillo (pobre Marieta) saltó a la terracita que hay delante del lavadero. Desde allí se divisaba todo el pasillo interior que va desde la puerta de la casa hasta la entrada principal.

Marieta guiñó los ojos maliciosamente, como siempre que veía a una persona desconocida. Me hacía gracia observarla. Será algún extraño, me dije. Para que Marieta frunza así la boca tiene que ser

un extraño. Qué mujer. Era como un bulldog salvaje. Volvió a la terraza y cogió el extremo de la cortina con el propósito de que continuásemos sacudiéndola.

Me di cuenta de que no tenía intención de ser la primera en hablar, ya la conocía: «¿Quién es?», le pregunté. «Nadie...». «¿Cómo que nadie si he oído el timbre?». «¡Y dale! ¡Te digo que nadie!». Así me hablaba. «Erasmía —terminó al fin por confesar—. Acompañada de una mala pécora».

Para Marieta, Erasmía era «nadie», como Ulises para Polifemo. Ya sabía yo que se trataba de algún extraño, pensé. Pero no tenía ni idea de quién podía ser. Será alguna de esas individuos que Erasmía conoce en casa de la santona Efzimía, si no Marieta no la hubiera llamado pécora. Llamaba pécora a cualquier conocida o desconocida que no le cayera bien.

Por desgracia, tenía la mala costumbre de llamar pécora también a la madre de Andonis. Pécora por aquí, pécora por allá. Así la motejaba. Era una Pécora con P mayúscula. Total, que terminamos acostumbrándonos a llamarla así nosotras también cuando Andonis no estaba en casa, y yo temblaba solo de pensar que se nos pudiera escapar alguna vez el mote en su presencia. Sabía que no diría ni una palabra, pero seguro que le afectaba al pobre, y bastantes disgustos se llevaba cada dos por tres a causa de la deslenguada de mi hija. Boros me lo había dicho mil veces. «Procura evitarle los disgustos, Nina. Su corazón no marcha nada bien. Cuídale». Pero todo lo que yo hacía con mi paciencia y atenciones lo deshacía mi hija con su lengua. Si él la regañaba, ella le contestaba: «¡Déjame en paz! ¡Tú no eres mi padre! ¡No tienes ningún derecho sobre mí!». Esto ya a los doce años, y el pobre se quedaba sin saber qué decir.

Un verano que fuimos a pasar las vacaciones a Andros, a la finca de la tía Bolena, una prima de papá, nos trajimos a Marieta a casa. Marieta era de Pisomeriá. Los pisomerienses, preguntad a cualquier habitante de Andros, son conocidos por su falta de hospitalidad y su lengua viperina. Y Marieta era pisomeriense de los pies a la cabeza. A mí me quería como un perro fiel, y a Andonis lo respetaba, aunque no paraban de gastarse bromas. En el fondo se daba cuenta de que era el patrón y le tenía un poco de miedo. Pero a los demás, ya fueran amigos o extraños, no los dejaba en paz. No había persona a la que no le hubiese colocado un mote. A la tía Catingo la llamaba «la tirana», y a la condesa, «el zopenco». Yo la reñía y fingía enfadarme para que no se tomase demasiadas libertades, pero por dentro pensaba que no podía haber encontrado mote mejor. Toda su vida fue, es y será un zopenco.

Pero a quien menos tragaba era a Erasmía. La veía y se le revolvían las tripas. Y cuando nos traía a sus amigas a casa para presumir ante ellas tenía que contener a Marieta para que no la pusiera de patitas en la calle.

Muchas veces le decía a la gente que yo estaba enferma y no podía recibir visitas. «Ve a prepararnos un café», le ordenaba yo. Había aprendido de la pobre mamá a ser hospitalaria con todo el mundo, y de papá, a no ser esnob, a no rechazar a nadie antes de conocerlo un poco. Y cómo vas a conocer a una persona si no te tomas un café con ella. «Ve a preparar café y tráenos también unas guindas en almíbar», le decía. Ella se iba hacia la cocina y cuando no la veían los demás me hacía señas como diciendo: de café, nada, ¡contentas pueden estar con que les ofrezcamos un platito de dulce...! Y algunas veces hasta conseguía ponerme en apuros.

Pero, como por un lado solía expresar en voz alta los pensamientos que yo prefería guardarme para mí, y por otro era honesta, trabajadora y decidida —sin contar con que en los años anteriores a la guerra, con la enfermedad de Andonis y la recesión, llegamos a deberle hasta diez mensualidades y nunca le oímos una palabra de protesta—, me hacía la tonta ante sus desatinos y les guiñaba un ojo a las visitas que, por su parte, ya sabían cómo era y no se lo tomaban a mal. Dejémosla creer, me decía a mí misma, que es un miembro más de la familia y que tiene derecho a dar sus opiniones.

«Venga, ¡ya está bien de sacudir cortinas! ¡Estoy harta! Al diablo las fiestas, un día me van a pillar de malas y les voy a dar a todos con la puerta en las narices. ¿Qué tipo de pécora es esta?», le digo. Sabía que si no le preguntaba no abriría la boca. Pero aunque le preguntase tampoco era de las que se dan por vencidas fácilmente. «Uf..., pues una pécora, te digo». No le gustaba dar explicaciones. Se había acostumbrado a tutearme. Solo al pobre de papá lo trataba de usted. Si la hubiera oído un desconocido, habría pensado que yo era la criada, y ella, la señora.

Pero, quizás por primera vez, Marieta se había equivocado. Ecavi no era una mala pécora, no tenía nada que ver con toda esa pandilla de beatas que de vez en cuando acompañaban a Erasmía, a pesar de que le había dicho muchas veces —a lo que hacía caso omiso porque se sabía respaldada por Andonis— que no me trajera desconocidos a casa. No, Ecavi no era una pécora. Me di cuenta nada más verla, y mi primera impresión no cambió incluso cuando descubrí que yo tenía razón al imaginar que se habían conocido en

casa de la santona Efzimía. ¡Solo Dios sabe lo que había sufrido y continuaba sufriendo con aquella vieja embaucadora!

La santona Efzimía era una *monja*. En su juventud iba de puerta en puerta vendiendo palo santo, cirios, incienso y *biografías de santos*. Seguramente las había leído; viendo que no era difícil hacerse pasar por una de ellos, cuando envejeció y ya no podía andar, alquiló una habitación cerca de la iglesia de Ayo Lefteris y, fingiéndose santa, conseguía vivir de la voluntad de los creyentes: un cuarto de kilo de azúcar, ciento cincuenta gramos de café, y así sucesivamente, cosas que después vendía a su nuera, como supe más tarde. La santona tenía *dos* hijos. Debía su fama tanto al hecho de no haber comido carne durante cuarenta años como a sus facultades proféticas.

Un día me decidí a ir a conocerla. No para que me predijera el porvenir. Yo conocía mi destino mejor que nadie. Lo que mal empieza mal acaba. Fui por darle gusto a Andonis. En aquella época, el pobre, Dios lo tenga en su gloria, se había entregado por completo a la religión. Cuando nos casamos era más ateo que el diablo. En mi vida había visto a un hombre que blasfemara tanto. No quiero decir que fuera ateo porque blasfemase, hay creyentes que profanan el nombre del Señor y de la Virgen con la mayor naturalidad del mundo, y otros, en cambio, que no blasfeman nunca y son ateos, como era el caso del pobre papá. Es una cuestión de educación. Andonis no pertenecía a ninguna de las dos categorías. Blasfemaba con pasión, con conciencia de lo que decía. Se burlaba de todo lo relacionado con Dios o con la Iglesia. Se reía de mí incluso por encender el candil para que me fueran perdonados mis pecados, como decía. Tenía el descaro de hablar de *mis* pecados. Pero yo,

pobre de mí, lo encendía sobre todo por respeto a la memoria de mamá. Pensaba que por el simple hecho de que se hubiese muerto no estaba bien abandonar un hábito que manteníamos desde que tenía uso de razón. Y, además, porque, para ser sincera, nunca me ha gustado dormir totalmente a oscuras. Todo esto pasaba antes de que él se pusiera enfermo.

Cuando sufrió la hemiplejia y se quedó paralítico de la pierna izquierda, dejó sus negocios en manos de un primo que terminó desplumándolo, y nos fuimos a pasar el verano a Coroni. Era la primera vez que volvía a su pueblo después de tantos años en Atenas. Yo fui la que lo convenció de que lo hiciera. Podríamos haber ido a Andros, como hacíamos antes, pero creía que el clima de Coroni le sentaría bien. El clima de Andros es algo húmedo. Al mismo tiempo pensé que no habría mejor cosa para él, desde el punto de vista psicológico, que volverse a encontrar, después de tantos años, en su antigua guarida, el lugar donde había pasado su infancia. Esto le levantará la moral, pensaba, recobrará los ánimos. Y, como se demostró más tarde, no andaba errada. Solo que no ocurrió tal y como yo lo esperaba.

Boros, el médico que lo atendía en Atenas, le había recomendado darse un paseo todas las mañanas para ejercitar los músculos. Normalmente subía hasta el castillo. Quien no ha estado nunca en Coroni no sabe lo que es belleza. Cuando era pequeña hacíamos infinidad de viajes a Egina, a Mézana, a Sunion, a Andros y a muchos otros sitios, pero en ningún otro lugar he encontrado la belleza de Coroni. Espero que si alguna vez termina esta guerra civil, este horror de tener que matarse entre hermanos, me conceda Dios poder volver, aunque solo sea una vez, antes de cerrar los ojos

para siempre. Antaño teníamos un libro de Aziná Tarsuli con imágenes de diversos paisajes del Peloponeso entre los que figuraba Coroni. No tengo ni idea de qué habrá sido de él, hace años que no lo veo.

La fortaleza es veneciana. Rodeando las murallas en ruinas había un sendero que conducía hasta una gruta que daba al mar. En ella habían encontrado, hace siglos, un icono de la Virgen pintado, según reza la tradición, por el mismo san Lucas, el evangelista. Esta Virgen, como la de Tinos, era considerada milagrosa y todos los años, para el día de la Presentación, la gente llegaba en peregrinación desde los pueblos circundantes. Se decía que muchos enfermos incurables habían sanado. Todo esto lo supe más tarde. Yo solía ir con él al castillo porque me gustaba la vista que se contemplaba desde allí y porque no quería dejarlo solo (temía que se cayera, se golpeará con alguna piedra y se quedase en el sitio). Llenaba una cesta con huevos duros, queso, tomates y pan campero, y cuando llegábamos a la cima, nos sentábamos en la hierba y almorzábamos. O bien enviaba a este demonio de hija con él, cuando conseguía arrancarla de la cama, pues padecía el mal del sueño. «¡Mal rayo te parta! —le decía—. ¿Es que te ha vuelto a picar la mosca tsé-tsé?». Pero aquel día Andonis no quería que lo acompañase. «No la despiertes —me dijo—, iré yo solo». Sabía lo terco y obstinado que era. Cuando se empeñaba en una cosa, no podías hacerlo cambiar de opinión. Ese día no me era posible ir con él ni aunque me lo hubiese rogado. Había planeado preparar pasta Artemis con su prima para llevárnosla a Atenas. Teníamos la intención de volver a casa al cabo de diez días. Llevábamos más de tres meses en Coroni y ya sentía nostalgia de Atenas. No podíamos



prolongar nuestra estancia por más tiempo. Él mismo había empezado a sentirse mal. Pensaba constantemente en su trabajo. El campo, en lugar de hacerle bien, comenzaba a perjudicarlo.

Sabía que solía regresar a eso de las once. «¡Las once! —le digo a Artemisia al oír el reloj de la iglesia—. ¿Por qué no vas preparando el café? No tardará en llegar...». Pero dieron las once y media, las doce, las doce y media, y Andonis sin aparecer. «Corre a ver si está en casa de sus primos —le digo a la condesa—, y si no, vete volando hasta el café. Quizás se haya ido directamente al café». Pero esta desagradecida se puso a vestirse y a arreglarse como para ir a una boda. En vez de compartir mi angustia, se colocó delante del espejo y comenzó a peinarse con toda la parsimonia. Mientras movía una mano, se le dormía la otra. Cuando la vi se me llevaron los demonios. «¡Desalmada! —le grité—. ¡Criatura despreciable! ¡Vas a acabar conmigo! Aún no levantas un palmo del suelo y ya te pasas una hora delante del espejo cuando te mando a cualquier recado. Verás lo que te espera cuando vuelva». Y dejó la pasta a medias para echar a correr a casa de sus primos y de allí al café, y a la plaza. Iba de arriba abajo como una loca, preguntando a los aldeanos si sabían algo de él. Nadie lo había visto. Ha debido de resbalar y caerse, pensaba. Seguro que se ha resbalado y se ha caído. ¡Me lo voy a encontrar muerto! Mientras subía al castillo se me pasó por la cabeza todo lo peor, menos lo que en realidad había ocurrido.

Estaba a punto de llegar a la cima, con el alma en vilo, cuando lo veo descender por el sendero blandiendo el bastón sobre la cabeza para demostrarme que caminaba sin él. «¿No te da vergüenza?», le dije cuando se acercó, y me eché a llorar de los nervios que tenía. «¿No te da vergüenza hacerme esto? ¿No has pensado que podía

enloquecer de angustia?», le decía llorando como una criatura. Entonces me agarró por la cintura y bajamos la cuesta entrelazados.

Cómo ocurrió el «milagro» no nos lo dijo. Pero el hecho de que los periódicos de Calamata y de Trípoli publicasen tantos detalles, eso fue un segundo milagro. Los campesinos se amontonaban en casa para ver con sus propios ojos al elegido de la Virgen. Lo tocaban, lo palpaban para ver si era de verdad. «¿Qué, don Andonis, dispuesto a correr la maratón?», recuerdo que le preguntó un aldeano al tiempo que le daba una patada en la rodilla. El patio de Artemisia se llenó de ciegos, cojos y sifilíticos. Me pregunto cómo pudo mantenerse invisible tanto microbio, oculto en esas casas tan limpias y encaladas. Y cuando nos enteramos de que «don Andonis» repartía dinero entre los pobres, comprendí que era el momento de intervenir. Me lo llevé a Atenas casi a rastras. Pero no había pasado aún una semana cuando se le volvió a paralizar la pierna, ¡y esta vez peor que antes!

¡Ay, qué suerte más negra la mía!, pensaba mientras subía a la ermita de Ai Lfteris. No basta con que haya caído enfermo antes de cumplir los cinco años de matrimonio, justo cuando yo aspiraba a disfrutar un poco de la vida en vez de hacer de enfermera, sino que, mira por dónde, le da por acabar como una vieja beata y me toca a mí, a Nina, ir a rezar a Dios sabe qué farsante. Y todo para cerrarle la boca, para que deje de decir que yo tengo la culpa de su recaída y de que no le vayan bien los negocios... Pero qué le voy a hacer, pensaba; al fin y al cabo, Andonis es mi marido y debo tener paciencia.

Lo que no podía soportar era el papel de Erasmía en este asunto. Erasmía era una antigua aprendiz de mamá. Vino de Cefalonia. En

la época en que mamá tenía el taller de costura en la calle Sina, su familia la envió a vivir a Atenas con una hermana casada para que la ayudara con el niño y al mismo tiempo aprendiera a coser. Al principio seguía las lecciones solo durante el día, pero como, al contrario que las otras chicas, era reservada y trabajadora, mamá le tomó simpatía. Poco a poco empezó a quedarse también por las noches, hasta que terminó por instalarse en casa, como una especie de interna. A partir de entonces se convirtió en la causa de mis constantes fricciones con mi difunta madre. Erasmía emponzoñó nuestras relaciones. Yo, aunque no me atrevo a confesármelo a mí misma, sentía celos de ella. Cuanto más cariño le mostraba mi madre, menos la tragaba yo. Era esmirriada y traicionera, me sacaba de quicio. Su aspecto me exasperaba.

Sabía que ella también me odiaba y su odio era como un veneno. Cuando la veía, si en aquel momento me estaba riendo, se me congelaba la risa en los labios. La muy bruja me detestaba porque mientras ella se sacaba los ojos enfilando perlas o lentejuelas, que entonces estaba de moda llevar en las faldas, yo tomaba el aire en Kifisiá, o leía, o me iba con las amigas al cine. En aquella época el cine todavía era mudo y salíamos de uno para meternos en otro. Cuando me veía lucir grandes escotes, palidecía de envidia. La inocente de mamá, que no tenía ni idea de los verdaderos sentimientos de Erasmía y la consideraba una chica modelo, le decía: «¿Qué te pasa, hija? ¿No te encuentras bien? Anda, acércate a la mercería a comprar diez codos de cinta de grogrén para que te dé un poco el aire». Le inspiraba total confianza, la muy cuca, con su hipocresía. Antes de ponerse a trabajar, lloviera o tronara, iba sin falta a la iglesia de Aynos Dionisios a encender una vela. Y mamá, a

quien tanto le habría gustado poder acompañarla, pero que nunca tenía tiempo, la consideraba el ángel guardián de la casa. Porque gracias a Erasmía, ¡*quizás* se dignase Dios a salvarnos a nosotros los pecadores! «¿No te encuentras bien, hija...?», le decía. Y a mí me metía en mi habitación y dándome pescozones me acusaba de malicia y egoísmo, y de ser una tirana con las chicas del taller.

Cuando a la pobre mamá se le formaron las cataratas y tuvo que dejar de coser, Erasmía regresó a Cefalonia y por un tiempo nos libramos de ella. Vendimos la casa de la calle Sina y compramos esta. Pero, antes de terminar el año, había regresado de la isla, alquilado una habitación en nuestro barrio, como por casualidad, y comenzado a frecuentarnos de nuevo. Mamá le rogaba que viniese a hacerle compañía y, de paso, a espiarme. Se había quedado completamente ciega y tenía necesidad de otros ojos para enterarse de lo que pasaba en casa, pues Marieta, a pesar de que la quería y la respetaba, no satisfacía siempre sus deseos. «Vente a vivir con nosotros», le dijo un día mamá, pero Erasmía rechazó la oferta aprovechando la ocasión para meter cizaña: «Usted me quiere —le dice a mamá—, pero pregúntele a Nina si desea lo mismo. Ella es la que manda ahora aquí». Me lo contó Marieta, que estaba presente en la conversación. Sin embargo, por diversas razones, hasta entonces no le había mostrado mi antipatía a las claras. No por interés, como dice la cretina de mi hija, para que cosiera gratis para nosotros, sino por la sencilla razón de que no tenía motivos de peso para enfrentarme a ella. Soy paciente por naturaleza y reservada en mis manifestaciones, sobre todo con las personas que no me gustan. Normalmente las ignoro, incluso cuando me hacen daño.

Solamente una vez estuve a punto de mandarla a paseo. Me tenía hasta la coronilla. Era la época de las peleas con Fotis que nos condujeron a la separación, y «doña Erasmía» se metía en la habitación de mamá y no paraban de cuchichear sobre mis desavenencias conyugales. Tomaban decisiones —generalmente a favor de Fotis— y tenían la desfachatez de querer que yo las pusiera en práctica. O me decían cómo tenía que educar a mi hija. No querían verla convertida en una atea «como la incrédula de su madre». Consiguieron moldearla a su imagen y semejanza, y he aquí el resultado. Pero, incluso entonces, me armé de paciencia. En aquella época, además de las cataratas, mamá enfermó de cáncer. El médico no le dio más de un año de vida, y Erasmía, tengo que reconocerlo, se portó con ella mejor que una enfermera, mejor incluso que una hija. Se pasaba noche y día junto a la cabecera de su cama. Y también cuando cayó enfermo papá y vi con qué dedicación y de qué desinteresada manera lo cuidó hasta el último momento, no pude menos que conmovirme. Le perdoné su comportamiento anterior. Muchas veces pensé que quizáss había sido injusta con ella y sentía remordimientos. Porque podré tener todos los defectos del mundo, como dice mi hija, pero no soy ingrata.

En pocas palabras, en la época en que me casé con Andonis, Erasmía era para nosotros algo más que una persona de la casa, era un miembro de la familia. Cuando murió mamá y a continuación papá, se convirtió en la tata de la condesa. Se la llevaba consigo a la iglesia, a las romerías, al parque... Muchas veces yo reaccionaba y le decía: «Oye, si te crees que María no tiene madre y has decidido adoptarla, ahí está la puerta. ¡Llévatela de aquí y dejadme en paz las

dos! Conviértela en una beata como tú, pero fuera de mi casa, que no lo vea ni lo oiga yo».

Pero estas cosas las decía solo en momentos de enfado; y pocas veces me enfadaba. La mayoría de las ocasiones daba gracias a Dios por haberme enviado a una persona que la sacara a pasear y por que la casa quedase tranquila durante unas horas. Aunque ahora bien que me arrepiento de ello. A qué precio he pagado y sigo pagando aquellas pocas horas de tranquilidad, no lo sabe nadie más que yo. Debí alejar a Erasmía inmediatamente después de la muerte de mamá. No solo no habría arruinado a María, sino que sin ella no se habrían producido los milagros de Coroni ni la recaída de Atenas. La considero, en parte, responsable de la muerte de Andonis. Si no le hubiera dado por la religión, se habría librado de su última y quizás mayor decepción, la que le costó la vida.

Antes de sufrir la hemiplejia, Andonis se mofaba despiadadamente de ella por su santurronería. «¿Por qué no te casas? —le decía—. ¿Te lo guardas para Cristo, eh?». Y respondía él mismo: «Ya sé por qué. ¡Porque es guapo y no le huelen los pies!», y se echaba a reír. Erasmía palidecía, temblaba como un flan, incluso yo me compadecía de ella. Pero después comprendí que no necesitaba mi compasión. Adoptaba alternativamente el papel de mártir y el de profeta judío. A menudo se revolvía, se ponía rabiosa, sus ojos lanzaban rayos y le contestaba que un día Dios lo iba a castigar, como había castigado a fulano y a zutano (y largaba una sarta de nombres del Antiguo Testamento). Andonis la escuchaba muerto de risa, pero yo, que lo conocía bien, me daba cuenta de que, aunque no quisiera reconocerlo, aquellas cosas le hacían mella. Él, como buen campesino que era, estaba lleno de supersticiones. En